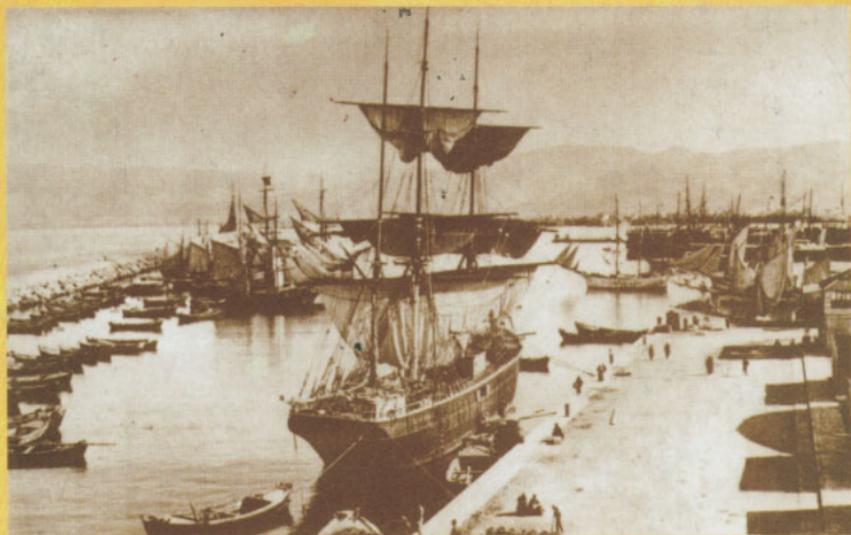


EL MUNDO ÁRABE



Y AMÉRICA LATINA



Tres de cuatro soles



Ediciones UNESCO / Libertarias/Prodhufi



LA INMIGRACION ARABE EN CHILE: LOS CAMINOS DE LA INTEGRACION

Lorenzo Agar,

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile

Antonia Rebolledo,

Facultad de Historia, Universidad de Chile

1. LA EMIGRACION ARABE Y EL CONTEXTO INMIGRATORIO EN CHILE

La emigración en el desestabilizado Imperio Otomano empezó a producirse a finales del siglo XIX. Arabes de fe cristiana asentados en Palestina, Siria y el Líbano comenzaron a dirigirse hacia otros territorios en busca de mejores condiciones de vida.

La descomposición del Imperio fue un proceso lento, de larga duración y carente de uniformidad. Los pueblos que se encontraban bajo dominio otomano se vieron obligados a soportar, tanto las vicisitudes surgidas por la crisis que atravesaba el Imperio, como las medidas adoptadas por éste en un último intento de salvarlo. Las reformas, que trataban de acabar con la rígida estructura social y conseguir la inserción del anacrónico Imperio en el mundo moderno, se prolongaron por decenios. El clima constante de inestabilidad socio-

política y administrativa afectó profundamente a los súbditos y alentó sus deseos de emigrar a otros países.

El continente americano absorbió gran parte del flujo emigratorio árabe. Impulsados por una concepción utópica del Nuevo Mundo, emprendieron viaje a tierras que consideraban les brindarían nuevas oportunidades. Sin embargo, este desplazamiento no fue una acción aislada, sino que se enmarcó en un movimiento de población intercontinental mucho más amplio y generalizado en el que participaron diversos grupos humanos.

Durante el siglo XIX y en los albores del XX se produjo un importante crecimiento económico mundial, que modificó drásticamente tanto la composición del comercio mundial como su intensidad y orientación. Este fenómeno se vio acompañado de un rápido incremento de la población mundial y de cambios en la distribución espacial, como consecuencia de importantes movimientos migratorios internos e internacionales¹.

Los emigrantes de Europa y Asia eligieron preferentemente como destino el continente americano, ya que ofrecía mejores condiciones para la inmigración externa debido a su baja densidad de población y a la necesidad de hombres emprendedores, capaces de contribuir al proceso de desarrollo y de ayudar a consolidar la formación de los estados americanos.

El proceso de migración árabe actuó dentro de un contexto bien determinado, siguiendo un comportamiento espacial generalizado en la época, orientado hacia áreas poco pobla-

¹ En el periodo 1800 - 1900 la población mundial pasó de cerca de 900 millones a alrededor de 1.600 millones. El ritmo de crecimiento natural de población se acrecienta como consecuencia principalmente de la disminución de los niveles de mortalidad. La esperanza de vida, de cerca de 35 años en 1800, alcanzó en los inicios del siglo XX los 50 años.

das y en donde la inmigración estuvo, por lo general, motivada por el propósito de contribuir al desarrollo económico de los países receptores.

La presencia árabe en las distintas zonas del continente americano comenzó a manifestarse de forma significativa desde finales del siglo pasado. El grupo numéricamente más importante se estableció en los Estados Unidos de América y el resto se distribuyó entre América Central y América del Sur. La mayoría de estos inmigrantes árabes eran de fe cristiana y procedían de centros urbanos de antigua fundación como Belén, Alepo, Homs, Beirut y Damasco.

Chile no propició una política de puertas abiertas a todo inmigrante. Y, en atención a la futura mezcla con la población nacional, se planteó como necesaria una inmigración selectiva², escogiendo a aquellos inmigrantes que mejor compatibilizaran con ella, incluidas las características étnicas. En este sentido Europa Central acaparaba todo el interés, convertida en modelo a imitar como parámetro de desarrollo y cultura.

A diferencia de otros países de América del Sur —como por ejemplo Brasil y Argentina—, Chile no se caracterizó por ser un país receptor de inmigrantes en forma masiva. Sin embargo, la inmigración fue una cuestión que preocupó desde el principio a los distintos estamentos del país³.

La promulgación de la ley de colonización del 18 de

² Benjamín Vicuña Mackenna, *Bases del informe presentado al Supremo Gobierno sobre la inmigración extranjera por la comisión especial nombrada con ese objeto y redactado por el secretario de ella...*, Santiago, Imprenta Nacional, 1865, pág.145.

³ En 1811, José Miguel Carrera propuso reclutar colonos irlandeses para que cooperaran en la defensa de la causa de la independencia de Chile.

⁴ *Boletín de Leyes*, Libro XIII, #11, 1845, págs.164-165

noviembre de 1845⁴ dio paso a iniciativas más concretas por parte del Estado que concluyeron con la colonización de la región de Valdivia, Osorno y Llanquihue, al sur de Chile, con ciudadanos de origen alemán. De esta forma se perseguía la incorporación efectiva de extensos territorios deshabitados considerados estratégicos, la activación de la economía, mediante la explotación agrícola de los mismos, y la incorporación de nuevos atributos a la población chilena a través de la acción ejemplificadora de los inmigrantes.

A partir de 1907 el interés oficial por el fenómeno migratorio disminuye considerablemente, siendo precisamente en esa época cuando la inmigración árabe en Chile alcanzó su punto más alto. Por ello, los árabes no contaron con la protección gubernamental, ni con la asignación de terrenos, ni alcanzaron la condición de colonizadores; en suma, no tuvieron ningún tipo de garantía ni promesa por parte del gobierno. Estos inmigrantes no poseían la calificación laboral que habrían pretendido las autoridades, pues pertenecían a aquellos grupos étnicos de procedencia no europea que causaban cierto recelo⁵. Además, llegaron a establecerse en el momento en que las políticas de apoyo estatal a la inmigración habían cesado. A pesar de todo ello, prevaleció su intención de afincarse.

⁵ Véase “Inmigración amarilla”, en *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, Santiago, vol. XXXVII, n°32, 1906, págs. 842-843; Jorge Villegas, “Inmigración japonesa”, en *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril*, Santiago, año XXXI, n°7, 1917, págs. 625-626.

2. VOLUMEN INMIGRATORIO ÁRABE Y DISTRIBUCION ESPACIAL SEGUN LUGARES DE ORIGEN

2.1. *El flujo inmigratorio árabe en Chile*

La corriente inmigratoria árabe que llegó a Chile a comienzos de siglo no fue de gran magnitud. Las fuentes censales y los catastros existentes nos permiten estimar que el total de población árabe⁶ que llegó a Chile durante el período de 1885-1940 fluctúa entre las 8.000 y 10.000 personas. Las fechas extremas en que se verificó el proceso inmigratorio árabe, según la información censal, fueron las siguientes: 1885 para su inicio, con una población de 29 personas y, 1940, año en que se estabilizó su número, con 5.373 individuos. Es en el censo de 1930 donde se observa el mayor número de inmigrantes árabes inscritos: 6.703 personas. Por otro lado, el periodo intercensal más activo, en cuanto al ingreso de inmigrantes árabes en Chile, corresponde al periodo 1907-1920, con una diferencia censal de 3.792 individuos.

Un censo de la población árabe realizado en Chile en 1940⁷ indica que en ese año había en el país un total de 2.994 familias, con un total de 14.890 personas. Un 85% correspondía a inmigrantes y un 15% a descendientes nacidos en

⁶ Cuando se hace referencia a la población árabe se incluyen inmigrantes y descendientes.

⁷ Los datos que se entregan para este año corresponden a una elaboración de los autores de este estudio sobre la base de la *Guía social de la colonia árabe en Chile (Siria-Palestina-Libanesa)*, Santiago, Ahues Hermanos, 1941. 380 páginas. (Recopilador Ahmad Hassan Mattar).

Nota: todos los datos que se dan para 1940 corresponden a esta fuente, a menos que se indique lo contrario.

Chile. En 1970⁸, esta proporción se invierte casi de forma total: un 14% correspondía a inmigrantes y un 86% a descendientes.

Del conjunto de familias inmigrantes encuestadas en 1940, el 51% procedía de Palestina, el 30% de Siria y el 19% del Líbano. Hacia 1970 el grupo de origen palestino aumentó su participación relativa a un 60%. Esta diferencia responde a la persistencia de la inmigración palestina frente a la disminución que se produjo de la llegada de sirios y libaneses, como consecuencia de las conocidas circunstancias políticas en Oriente Medio.

La información recopilada en 1940 nos permite establecer que los pueblos que aportaron mayor cantidad de población al proceso migratorio fueron Betyala y Belén en Palestina, con un 18% y un 17% del total de inmigrantes, respectivamente, y la ciudad de Homs, en Siria, con un 13% del total.

2.2 *La inmigración árabe en las provincias de Chile*

La distribución geográfica de la población árabe en Chile fue singular, a diferencia de otros grupos de inmigrantes, quienes se localizaron principalmente, en el inicio del proceso de asentamiento, en zonas bien determinadas. Los inmigrantes árabes se instalaron en todo el territorio nacional, presentando un alto grado de dispersión espacial.

En 1940, un 62% (1.866 familias) del total de población

⁸ Helia Henríquez y Sergio Bitar, *Censo de la población de origen árabe del Gran Santiago*, Asociación Chileno-Arabe de Cooperación, Santiago, Arancibia Hermanos, 1970, 98 páginas.

Nota: toda la información que se entregue para esta fecha corresponde a esta misma fuente a menos que se indique lo contrario.

árabe se encontraba asentada en diferentes localidades de Chile, excluyendo a aquellos que vivían en la ciudad de Santiago. Por otro lado, gran parte de la población árabe no residente en la ciudad de Santiago prefirió instalarse más en ciudades de provincia secundarias que en los principales núcleos urbanos.

El bajo índice de primacía que presenta Santiago en los periodos de mayor llegada de estos inmigrantes, sumado al elevado índice de urbanización de los centros poblados chilenos, posibilitó, en parte, su dispersión territorial. A pesar de ello, también debemos tener en cuenta otros factores que explican esta conducta. Uno de ellos corresponde a la actividad económica desempeñada por los árabes en sus primeras etapas de inserción laboral en Chile: el comercio ambulante, orientado a la búsqueda de clientes potenciales, facilitó su llegada a pueblos apartados y poco accesibles, ampliando de esta manera cada vez más su radio de acción⁹.

De esta forma, la actividad ambulante de compraventa constituyó el principal factor de localización. Así, no resulta extraño comprender su orientación territorial, predominante

⁹ Se daba el caso incluso de inmigrantes árabes que hacían el largo recorrido entre Santiago y San Antonio para ofrecer mercancías. Después de cierto tiempo, ya con una clientela cautiva, muchos optaron por instalarse en aquellos pueblecitos de forma definitiva. En Chile, la gran mayoría de los inmigrantes estaban familiarizados con el trabajo de compraventa porque provenían de pequeñas ciudades donde era una ocupación generalizada. No fue, entonces, extraño que un número importante optase por el comercio itinerante. Cargando sus mercancías en cajas ofrecían sus artículos en la calle, de ciudad en ciudad, y por todos los rincones del país, luchando duramente por darse a entender en su media lengua. Poniendo todo su empeño en aprender pronto el idioma y en ubicarse en ciudades desconocidas que les permitiese la posibilidad más adelante de establecerse de forma definitiva.

hacia pueblos o pequeñas ciudades, al considerar que en estos lugares la demanda se caracteriza por ser altamente diversificada.

Por otro lado, el factor de atracción relacionado con los canales familiares y laborales define también, en gran medida, la orientación espacial y económica de los árabes en Chile. En consecuencia, los lugares de origen y destino del proceso migratorio guardan una estrecha relación, ya que en muchas ciudades de Chile la población árabe está formada por familias, cuyos miembros eran originarios de una misma ciudad¹⁰.

En la inmigración árabe no están presentes un conjunto de factores que explicarían en parte la concentración —en los inicios del proceso migratorio— de los otros grupos inmigrantes, básicamente europeos, en regiones bien determinadas del país. Estos elementos guardan relación con el carácter de la inmigración, es decir, dirigida o libre. Los inmigrantes árabes llegaron en esta última condición y sin especialización laboral, por lo cual no tuvieron protección gubernamental ni facilidades para la asignación de terrenos en el país.

¹⁰ Por ejemplo, según la información recogida sobre la base del catastro de 1940, en Vallenar, norte de Chile, el 5% de las familias árabes eran de Chiach, el Líbano. En la Serena, zona norte, el 55% de las familias árabes procedía de Safita, Siria. En La Calera, zona central, el 74% de los inmigrantes árabes provenía de Betyala, Palestina. En San Vicente de Tagua Tagua, zona central, el 64% de las familias árabes venía de Nebek, Siria. En Bulnes, zona sur, el 67% de los inmigrantes árabes procedía de Betyala, Palestina. En Mulchen, zona sur, el 61% de las familias árabes tenía como procedencia Belén, en Palestina. Y en Puerto Natales, zona sur austral, el 47% de los inmigrantes tenía como lugar de origen Mademiar, en Siria.

2.3 *La inmigración árabe en Santiago*

Santiago, capital y principal ciudad de Chile, reunía un 38% de las familias registradas en la Guía de 1940. En este sentido, cabe notar que la concentración de población árabe en esta ciudad era muy superior a la de la población chilena en su conjunto, pues, en ese mismo año, solo el 19% de la población chilena se concentraba en la capital. La inmigración árabe en esta ciudad, según grupos migratorios, presenta diferencias importantes respecto a su distribución a nivel nacional. En este caso, un 46% son palestinos, un 42% sirios y un 12% libaneses.

Un 36% del total de familias palestinas, un 58% del total de las familias sirias y un 25% del de las familias libanesas, se concentraron en Santiago.

Se aprecia un orden decreciente de localización en la capital chilena por grupo migratorio, según la existencia de uno o varios puntos importantes de origen de la migración. De este modo, vemos que el mayor porcentaje de familias árabes que viven en esta ciudad, en relación al total nacional del grupo migratorio, proviene de Siria: un 58%. Del total de inmigrantes sirios, el 46% proviene de un solo pueblo, Homs, que además presentaba características urbanas más acentuadas que las demás zonas de relevancia emigratoria.

Por lo tanto, solo el 36% de los inmigrantes palestinos reside en Santiago en 1940. Dos pueblos, Belén y Betyala, aportan el 70% del total de inmigrantes palestinos. Es decir, existen dos puntos de origen importantes en vez de uno, como era el caso de Homs en Siria. Otra razón de esta baja relativa de concentración en Santiago puede deberse a que los lugares más importantes de origen emigratorio de Palestina poseían una vocación más agrícola que urbana.

En cuanto a los libaneses, existe una gran dispersión en

los lugares de origen. Vienen de diversos pueblos, lo cual queda de manifiesto en la dispersión a través de Chile, pues solo el 25% residía, en el año 1940, en Santiago.

Como ya hemos dicho, el comportamiento espacial de los árabes presentó un índice de concentración en Santiago muy superior al conjunto de la población chilena. Al mismo tiempo, si se compara esta cifra con el índice de concentración de los inmigrantes europeos en la capital —inmigración de mayor antigüedad— se apreciará una diferencia aún mayor, pero en sentido contrario: cerca del 70% de los europeos se localizaba en esa época en la capital.

En 1952¹¹, un 64% de los árabes de origen sirio residían ya en Santiago, acercándose al índice de concentración de los ciudadanos de origen europeo. Los palestinos se concentraban en ese mismo año en un 39%. Estos antecedentes muestran un comportamiento espacial menos concentrado en Santiago, comparado con el resto de la inmigración europea y también de la inmigración proveniente de otros países árabes.

Se puede apreciar un comportamiento típico de los grupos de inmigrantes, quienes intentan conservar su identidad cultural y protegerse de la sociedad receptora aún desconocida, ubicándose en áreas territoriales particulares de la ciudad de destino. El caso de los inmigrantes árabes y sus primeros descendientes no constituyó una excepción. Hacia 1940 se aprecia una tendencia a la concentración de población en el área norte del centro histórico de la ciudad, colindante con el Río Mapocho, que cruza y divide la capital. Este sector, denominado “Recoleta”, constituía en aquel entonces un barrio periférico caracterizado por su marginalidad socioeconómica.

¹¹ Andrés Sanfuentes, *La influencia de los árabes en el desarrollo económico de Chile*, Santiago, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, 1962, 258 páginas.

En este barrio, de proporciones pequeñas respecto de la ciudad de Santiago¹², se localizaba un 26% del total de la población árabe. A pesar de ello, la concentración en este barrio disminuyó progresivamente a medida que avanzaron los periodos de llegada de inmigrantes. El 43% de aquellos que llegaron entre 1870 y 1910, el 22% de los llegados en el periodo comprendido entre 1911 y 1920, y el 19% de quienes lo hicieron entre 1931 y 1940 se concentraba en este barrio. Dicho comportamiento podría explicarse de la siguiente manera: debido al deseo de integración social y de mejora económica, el marco de dispersión espacial de esta colectividad aumentó con el paso del tiempo. Además, los descendientes de árabes asimilan su comportamiento espacial a la población local, siguiendo las tendencias generales menos vinculadas a las cerradas pautas de los primeros inmigrantes.

Dicha dispersión actúa como imán locacional de otros familiares o, incluso, para los inmigrantes recién llegados, lo cual contribuye a explicar la mayor dispersión espacial al interior de la ciudad de Santiago en cada periodo de llegada.

La orientación espacial de la población árabe en el barrio Recoleta, según grupo migratorio, presenta ciertas particularidades. El 37% de los inmigrantes palestinos se concentró en este barrio, así como el 18% de los inmigrantes sirios y el 10% de los inmigrantes libaneses. Los descendientes de árabes lo hacían en un 40%, lo cual muestra una gran semejanza entre el comportamiento espacial (y también económico,

¹² La comuna de Recoleta –algo más extensa que el sector denominado con este nombre– tiene una superficie de aproximadamente 14 Km², equivalentes en la actualidad a un 0,6% de la superficie del Gran Santiago, y un 4% de su población.

como se verá más adelante) de los inmigrantes y el de los primeros descendientes.

La mayor dispersión de los inmigrantes sirios se puede explicar, de un lado, por sus características más urbanas, lo cual facilitó su adaptación en toda la ciudad y, de otro, por la disminución de la inmigración, hecho que aceleró el proceso de integración cultural de las nuevas generaciones. Esta argumentación podría también ser válida para los libaneses, a pesar de la ya señalada alta dispersión en los lugares de origen, que provocó un menor agrupamiento socio-espacial de sus integrantes. En este sentido, parece importante señalar que los términos de adaptación e integración mencionados siguen la orientación presentada por Sélím Abou. Este autor señala que se debe utilizar el concepto de adaptación para “designar el acomodamiento de los inmigrantes al medio físico del país receptor y a su nuevo ambiente; el concepto de integración para designar la inserción de los inmigrantes y de sus descendientes en las estructuras sociales, económicas y políticas de la sociedad receptora”¹³.

3. LAS ETAPAS DE LA ACTIVIDAD ECONOMICA

La mayoría de los inmigrantes árabes no poseían un oficio especializado y, aun en caso contrario, carecían de los contactos o de la red de relaciones sociales necesarias para conseguir un empleo. Como ya hemos indicado, los inmi-

¹³ Sélím Abou, “Los aportes culturales de los inmigrados: metodología y conceptualización”, en *Europa, Asia y Africa en América Latina y el Caribe: migraciones “libres” en los siglos XIX y XX y sus efectos culturales*, Siglo veintiuno editores/UNESCO, México, 1989, 369 páginas, pág.44.

grantes árabes no contaron, a su llegada, con el apoyo organizado de empresas privadas, de instituciones o del gobierno, de manera que su inserción resultó más complicada que la de otros grupos de inmigrantes en Chile.

El desarraigo dentro de la sociedad chilena les indujo a dedicarse a una actividad independiente, sin exigencia de contactos sociales, los cuales únicamente podrían adquirir con el tiempo. El comercio, en su más simple expresión, fue la respuesta a estas inquietudes. El pequeño comercio, o comercio al por menor, no presentaba grandes complicaciones, pues no requería de gran preparación letrada, no necesitaba de mucho capital ni de empleados, como tampoco de una gran infraestructura. Tenía, además, la ventaja de ser una actividad económica conocida y practicada por ellos con anterioridad.

El comercio ambulante, con variados productos en un medio cosmopolita, no era una actividad desconocida para los habitantes de las regiones de origen de la emigración, como ya hemos indicado. En la práctica, el tipo de actividad desarrollada en la sociedad de origen se reprodujo en la sociedad receptora, en este caso la chilena.

En Chile, el buhonero o “falte” árabe (traía lo que faltaba) también recorrió grandes distancias ofreciendo sus productos. Se dirigía allí donde no llegaban los chilenos “... con sus canastos desbordados de las más heterogéneas mercancías, pañuelos, medias, espejos, horquillas, carretes de hilo, jabones, imperdibles, botones, miriñaques y peinetas, constituía una figura demasiado pintoresca para pasar inadvertida, además de que su lenguaje se reconocía a distancia¹⁴.

¹⁴ Roberto Sarah, *Los turcos* (novela), cuarta edición, Santiago, Editorial Orbe, s/f., 256 páginas, pág. 80

Lentamente, construyeron un itinerario, ampliaron su radio de acción y formaron una clientela. “Con signos convencionales, creados por la necesidad, dieron forma en sus ajadas libretas de mercaderes ambulantes a un alfabeto elemental que les permitiese superar las exigencias inmediatas de la vida y orientarse dentro de las grandes ciudades”¹⁵.

Otros trabajaron en la zona de los ramales, tomando la línea férrea como punto de referencia en sus desplazamientos. Desde el terminal se internaban en los valles cercanos, por los caminos rurales, ofreciendo sus productos a los campesinos. A estos lugares más distantes no siempre iban solos, sino de dos en dos, con parientes o simplemente paisanos que habían conocido en el barco durante el viaje y con los que continuaron trabajando.

En la ciudad de Santiago el comerciante ambulante árabe de comienzos de siglo también vendía sus productos, preferentemente en la periferia rural, otorgando incluso facilidades de pago a quienes no podían adquirir las mercancías al contado.

Con el tiempo, todos estos inmigrantes dedicados al comercio callejero tuvieron una aspiración común: instalarse. Los agotadores desplazamientos, a veces extremadamente duros en los meses de invierno, no podían convertirse en un oficio permanente. Así como el inmigrante italiano y español se dedicaron a una rama específica del comercio, como la panadería, la ferretería y el almacén, el árabe se especializó en el bazar o paquetería. La pequeña y surtida tienda, del mal llamado “turco”, se convirtió en un elemento característico en los barrios de las ciudades donde se instalaron. A veces conservada de generación en generación,

¹⁵ Benedicto Chuaqui, “Arabes en Chile”, *Américas*, Washington, enero de 1953, págs. 21-23.

heredada de padres a hijos, para otros representó, tan solo, un paso más en el camino de la ascensión social.

Con frecuencia la tienda desempeñó una doble función, sobre todo en la primera época: era casa-habitación a la vez que local comercial. Igual que en Homs, el hogar era también el lugar de trabajo. Hay en esto una repetición de modelos aprendidos y una imposición de orden económico, pues, de esta forma, el inmigrante podía ahorrar algún dinero y, de paso, vigilar su mercancía ante posibles robos. Todo ello no exento de incomodidades y estrecheces.

La paquetería, surtida de múltiples artículos, atrajo a las amas de casa y modistas del barrio, que podían encontrar allí, a bajo precio, lo que antes únicamente conseguían en el centro de la ciudad. El negocio establecido ofreció, además, la posibilidad de incorporar al trabajo a otros miembros de la familia, como la esposa y, a veces, los hijos, quienes podían colaborar en su manutención, aumentando así la fuerza de trabajo necesaria para su desarrollo. La nueva condición de comerciantes establecidos les permitió prestar más y mejor ayuda a aquellos inmigrantes que llegaban al país, ya fuera entregándoles la mercancía necesaria o formándolos para este tipo de labores.

La noción de pertenencia reducida al grupo familiar se amplió a los inmigrantes provenientes del mismo pueblo, en el proceso de adaptación a Chile, como una forma de protección instintiva frente a la organización social y económica de la sociedad de acogida.

Una vez conseguida cierta estabilidad, el emigrante enviaba alguna ayuda económica a los parientes que se encontraban en Oriente e incluso, a veces, podía traerlos e instalarlos en Chile. Esta fue la “inmigración de los llamados”, o “migración en cadena”; uno a uno, llegaron primos, hermanos y padres, en un proceso que duró años, hasta com-

pletar el ciclo. Este proceso contribuyó a que consiguieran trabajo y un espacio para vivir, constituyendo un poderoso mecanismo de ajuste a la sociedad receptora. Es decir, les permitió reestructurar, en América, la familia que tenían en la tierra donde nacieron.

El crecimiento de la mano de obra familiar y el aumento de los ingresos dieron paso a la ampliación o diversificación de las actividades comerciales. Hubo tiendas que extendieron sus actividades a la provincia, a través del “vendedor viajero”, lo cual no debe confundirse con el vendedor ambulante de los comienzos. El fue quien llevó a las ciudades apartadas o a los campos los artículos que ofrecía su paquetería en Santiago. Fue algo así como un distribuidor, pero a un nivel modesto, a pequeña escala.

Ya hacia finales de 1917 los inmigrantes árabes estaban dedicados en gran proporción a este tipo de comercio, al punto que se les identificaba con dicha labor.

El inmigrante árabe estaba dotado de características muy propicias para incursionar en actividades comerciales arriesgadas. Sin desconocer otros rasgos de su personalidad, llama la atención por su claro perfil económico, caracterizado esencialmente por su capacidad para emprender¹⁶. Otra cualidad que le ayudó en esta iniciativa fue su espíritu de superación, y el deseo permanente de no quedarse atrás y de esforzarse por salir adelante en cada uno de los proyectos iniciados.

¹⁶ Sostienen este planteamiento dos destacados economistas nacionales: Andrés Sanfuentes, *op. cit.* (ver nota 11) y Álvaro Saieh, en “Aporte de los árabes al desarrollo económico nacional”, Conferencia, Santiago, CIPROCHA, 1982, 11 hojas (mimeografiado), y en “Los árabes en Chile: el largo camino desde Palestina y Siria”, *La Tercera*, Santiago, 3 de octubre de 1982.

El crecimiento comercial les permitió contar con nuevas perspectivas de trabajo: para algunos fue la pequeña fábrica a nivel artesanal –al principio constituida tan solo por miembros de la familia y, más tarde, por empleados– y, para otros, el comercio al por mayor y la importación de productos.

En este periodo encontramos un nuevo elemento digno de estudio: la asociación comercial. El comerciante con mayores ingresos pudo asociarse para emprender negocios de mayor nivel y que, por lo tanto, requerían de una inversión más fuerte. Fueron muy comunes las asociaciones entre hermanos o entre parientes lejanos, pero también las hubo entre paisanos sin vinculación sanguínea. El origen, la procedencia de tal o cual pueblo, constituía un valioso antecedente para establecer una sociedad.

En 1940 la gran mayoría de la población árabe residente en Santiago estaba asociada a labores comerciales: un 49% se encontraba en “varios ramos del comercio”, un 18% en “tiendas y paqueterías” y un 19% en “industrias”. Aquellos que todavía se dedicaban a la venta ambulante constituían solo un 4%, los profesionales un 3% y otras actividades un 7%.

Un amplio sector de inmigrantes con capitales pequeños y medianos permaneció trabajando en las tiendas, o al frente de casas comerciales –mayoristas o importadoras–, a veces con sucursales en provincias, o dirigiendo pequeñas fábricas y talleres. Sin embargo, hubo otro sector –importante, aunque no mayoritario– que invirtió los capitales adquiridos a través del comercio en la naciente industria nacional y lo hizo con un éxito notable, especialmente en lo relacionado con la industria textil, llegando a controlar un significativo porcentaje de la producción del país en este ramo.

Una serie de factores hicieron posible esta situación: el conocimiento previo de la actividad textil en sus lugares de origen, sus propias características y las de su condición de

inmigrantes, el grado de desarrollo laboral y económico alcanzado y la coyuntura económica por la que atravesó el país creando el ambiente propicio para ello.

Estos inmigrantes además de estar familiarizados con el comercio, conocían los pormenores de la confección de tejidos de algodón, seda y lana, materias primas que se producían en su país de origen. Se trataba de una industria a nivel artesanal, con herramientas, equipos y recursos económicos básicos, pero que empleaba a numerosas personas. De hecho, los telares estaban integrados en el paisaje típico de algunas ciudades como Homs. Las telas elaboradas por los trabajadores y sus familias eran revendidas en otros centros de mayor movimiento comercial, como Hama y Alepo, por quienes disponían del capital necesario para su transporte y comercialización.

Los telares fueron reemplazados en Chile por máquinas especializadas y la colaboración del grupo familiar en los trabajos, por la contratación de empleados. El entorno socioeconómico, evidentemente, había cambiado. El inmigrante estaba ahora al tanto del desarrollo tecnológico del mundo moderno.

En el periodo de 1940-1970, la población árabe dedicada a “industrias” aumentó de un 19% a un 22%. Incluso en 1982¹⁷, se mantiene con mucha fuerza la preeminencia de la población árabe en el comercio e industria textil en Santiago¹⁸.

¹⁷ Lorenzo Agar, *El comportamiento urbano de los migrantes árabes en Chile y Santiago*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Estudios Urbanos, 1982, 153 páginas.

¹⁸ Según un análisis cuya base fue una muestra de los usuarios que aparecían en la guía telefónica, sección comercial, del año 1981/1982, se obtuvo lo siguiente: en el rubro “paqueterías”, un 53% del total son propietarios de origen árabe, en el rubro “vestuario”, el 42%, en el rubro “confec-

Por otra parte, debe considerarse el contexto histórico en el que los factores enunciados adquirieron sentido e importancia, convirtiendo a los inmigrantes árabes en principales exponentes del desarrollo de la industria textil en Chile¹⁹.

La crisis económica de 1930 causó graves estragos en el país, poniendo en evidencia la fragilidad de su estructura económica basada, principalmente, en la exportación primaria. De hecho las importaciones cayeron fuertemente provocando un estancamiento en las exportaciones.

La dificultad de importar, por el elevado precio, orientó forzosamente la demanda al mercado interno. Esta exigencia constituyó para la industria nacional la adquisición de un rol determinante, la de sustituir las importaciones. Este hecho, junto a las medidas proteccionistas tomadas por el Estado, surtió efecto, iniciándose la recuperación a partir de 1933, con un real crecimiento de la industria nacional.

La industria, por tanto, pasó a ser el sector más dinámico de la economía, coincidiendo con el momento en que los ára-

ciones”, un 23% y en “textiles” un 48%. En su conjunto, un 30% de las personas que son propietarios de una fábrica de confecciones o de una industria textil son de origen árabe, lo cual demuestra la alta participación de esta colectividad en las actividades de manufactura con materiales textiles.

Otro fenómeno de interés corresponde a la preponderancia de la actividad comercial e industrial en el denominado barrio “Recoleta”. Del total de personas en la actividad “vestuario”, el 57% se localizaba en este barrio. En el rubro “paqueterías” el 19%, en “confecciones” el 62% y en “textiles” el 17%.

¹⁹ Cabe también mencionar el carácter preponderante de trabajador independiente o asociado a la familia de la población árabe. El Censo de Población Árabe de 1970 mostraba que en el sector comercio el 63% eran empresarios y trabajadores independientes, mientras que el 16% eran trabajadores familiares. En el sector industria el 88% eran empresarios y trabajadores independientes y el 5% trabajadores familiares.

bes contaban con los medios económicos y los conocimientos necesarios para integrarse y participar en el proceso.

Según el Censo Industrial y Comercial del año 1937²⁰, entre los años 1933 y 1937, se crearon en el país 147 establecimientos industriales con capitales árabes, 66 de ellos en el área textil y 30 en la del vestuario. La ruta de las industrias a gran escala se abrió con la instalación de Yarur S.A. en Chile en 1935. A la empresa Yarur le siguió a los pocos años Rayon Said. Más tarde en 1945, Manufacturas Sumar (Tejidos de Algodón y Seda), propiedad de Salomón Sumar. Completa el grupo la industria de Hirmas Hermanos, convertida en 1954 en Algodones Hirmas.

Este núcleo de empresas constituyó la cumbre del poder económico árabe. Su expansión se realizó en un periodo de asombrosa brevedad, llegando a controlar el grueso de la producción textil.

La cobertura del mercado nacional —relativamente pequeño— llevó a los empresarios a reinvertir sus excedentes en otras áreas de la economía. Una de ellas fue la actividad bancaria, un buen complemento de la industrial.

4. EL PROCESO DE INTEGRACION SOCIAL

Los procesos de integración y asimilación no se dan, necesariamente, en forma simultánea, ni se producen de igual manera. En ciertos casos, el inmigrante logrará integrarse en su trabajo, pero no en el ambiente social; o bien, conseguirá participar activamente en determinadas institu-

²⁰ Censo Industrial y Comercial. Año de 1937, Santiago, Dirección General de Estadísticas de Chile, 1939, págs. 10-21.

ciones del país que lo acoge, pero su grado de integración será deficiente, si mantiene firmemente arraigados los hábitos y valores propios de su medio original.

En este sentido, la actitud de los hombres y mujeres del país receptor será fundamental. Una sociedad rígida, cerrada, que impone trabas a su acceso, evidentemente dificulta el camino a la integración, y el rechazo del medio promoverá la segregación. El proceso de integración se desarrollará más rápidamente siempre que converjan la voluntad del inmigrante y de la sociedad receptora. La aculturación —en el sentido amplio de las interrelaciones entre las diferentes formas de ser y hacer de los grupos humanos— resultará positiva en la medida en que los aportes culturales de los inmigrantes y sus descendientes sean bien considerados y adecuadamente absorbidos por la sociedad receptora.

Los inmigrantes árabes tuvieron que soportar una actitud de rechazo, que se prolongó durante mucho tiempo. Fueron objeto de acusaciones con implicaciones socioculturales y económicas. El prejuicio generalizado en su contra, producto del desconocimiento que de ellos se tenía, dificultó doblemente sus primeros años de permanencia. Esta situación trascendió a los inmigrantes, afectando también a hijos y nietos, aunque a estos últimos en menor escala.

Una forma de desprecio fue denominarlos peyorativamente “turcos”. Como parte del Imperio Turco, los inmigrantes viajaron con pasaporte de esta nacionalidad. Este hecho indujo al error inicial en el censo. Pero, aunque ellos se esforzaron en marcar la diferencia, este apelativo prevaleció a pesar de que se tenía conciencia del error.

Los testimonios indican que se “turqueó” tanto al vendedor ambulante, como a los tenderos y sus familias, incluso también a aquellos que alcanzaron una posición social destacada.

También fue cuestionada la actividad por ellos desarrollada: el comercio, a pesar de la utilidad e importancia que esta rama de la economía tenía para el país. Su condición de comerciantes constituía más una desventaja que un mérito. Encasillados en el oficio eran tratados despectivamente de “mercanchifles” y eran objeto de burlas callejeras.

La condición socioeconómica del inmigrante árabe, por otro lado, exacerbó el rechazo. Como se sabe, su situación económica era precaria, por lo que, en los primeros años, vivieron modestamente. Se instalaron en los sectores marginales de la ciudad donde además crearon sus pequeños comercios, sin las comodidades ni los recursos necesarios.

No hay que olvidar que la barrera del idioma impedía a aquellos más preparados a mostrar sus conocimientos o a desenvolverse fluidamente en sus relaciones con los chilenos, provocando generalizaciones que no se correspondían del todo con la realidad.

El posterior éxito obtenido por los inmigrantes palestinos, sirios y libaneses, en el plano económico y social, así como el hecho de que algunos de sus miembros alcanzaran altos cargos públicos, constituyó una nueva fuente de malestar.

Como ya se ha indicado, hacia 1950, consiguieron cimentar una sólida situación económica, después de superar las etapas de comercio ambulante, establecido y mayorista e incursionar en el campo industrial. Como consecuencia de esto se produjeron transformaciones en cuanto al rol desempeñado, la aceptación social y el acceso a nuevas áreas de interés, tales como la política, la cultura y la diplomacia. Actualmente, el ambiente inicial de rechazo forma parte de un mal recuerdo y la convivencia armoniosa constituye la norma.

Se podría afirmar, pues, que la integración se ha desarrollado plenamente por varios factores: el éxito económico en el desarrollo de la empresa privada, su constante actuación en la

vida pública y su notable prestigio profesional en los más diversos campos de la cultura. Ya a mitad de siglo, Benedicto Chuaqui escribió: “La prosperidad económica y social de los árabes en Chile ha permitido el desplazamiento de sus hijos hacia el plano de las profesiones liberales, la política y las expresiones del arte. En cada una de estas actividades tienen valores genuinos y a la altura de los más importantes del país”²¹.

Se puede decir que la inmigración árabe ha constituido un real aporte a la cultura chilena. Su huella se puede apreciar no solo en el ámbito económico, sino también en áreas tan diversas e importantes como la literatura, la política, el deporte y en las profesiones liberales²².

Los inmigrantes árabes han mostrado una marcada tendencia al integracionismo. Palestinos, sirios y libaneses han dado pruebas concretas de adaptabilidad en nuestro país. Esto no deja de sorprender si consideramos la brecha existente entre el modelo cultural occidental –al que tuvieron que adscribirse– con el oriental, del que procedían, en donde las estructuras políticas, la estructura social, los cánones de moralidad, el tipo de economía y la imagen urbano-arquitect-

²¹ Benedicto Chuaqui, revista *Américas* (Unión Panamericana), Washington, enero de 1953, pág. 22.

²² El aporte de la inmigración árabe en Chile se puede ilustrar con cifras comparativas sobre la base del ya mencionado Censo de Población Árabe de 1970 y el Censo Nacional de Población y Vivienda de ese mismo año. Veamos lo siguiente: para ese año, el 5,3% de la población chilena mayor de 5 años poseía un nivel de estudios de nivel universitario. Este porcentaje en la población árabe era de un 13,4%. Si bien no se dispone de cifras actuales, la proporción de profesionales entre los descendientes de inmigrantes árabes constituye un número que se ha ido incrementado y diversificando fuertemente. Este hecho nos conduce a pensar en un proceso de aculturación francamente positivo, tanto para la sociedad chilena en su conjunto, como para la población de origen árabe.

tónica de las ciudades, entre otras cosas, reunían características muy diferentes.

Los inmigrantes árabes y sus descendientes han logrado incorporarse, en un tiempo relativamente corto, a la sociedad chilena, así como participar en las múltiples instancias que ellas ofrecen, integrándose en la vida nacional y evitando caer en la formación de una microsociedad cerrada.

Con este planteamiento, no resulta extraño que hicieran suyos rasgos propios de nuestra nacionalidad. Se habituaron a imágenes, olores, sabores y formas del nuevo entorno. E incluso, en un tiempo relativamente breve, apareció en ellos un sentimiento profundo hacia la patria de adopción.

La consecuencia de este anhelo de integración supuso la pérdida de parte de su herencia cultural, ejemplificada, principalmente, en el desuso del idioma árabe, lo cual significó también un progresivo desconocimiento de su pasado.

Las barreras espontáneas o naturales para proteger su identidad y evitar los desequilibrios, como los matrimonios entre “paisanos”, barrios o sectores de la ciudad con una alta concentración de individuos de ascendencia árabe, la creación de instituciones de apoyo, y el profesar un credo religioso con características distintas a las del resto de la población, no han sido suficientemente efectivos ni perdurables. La Iglesia Ortodoxa en Chile encuentra hoy mayor número de fieles entre los chilenos sin ninguna ascendencia árabe que entre los que la tienen, quienes, bautizados cristianos ortodoxos, han transitado al catolicismo al ingresar en colegios religiosos o al contraer matrimonio²³. A otros, simple-

²³ Rosa Araya Suazo, *La Iglesia Ortodoxa en Chile. Patriarcado de Antioquía y todo el Oriente*, Santiago, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Educación, Centro de Estudios Arabes, 1986, pág. 203.

mente, la cuestión religiosa ha dejado de interesarles como militancia activa y, por tanto, no participan en parroquias ortodoxas ni católicas.

La vitalidad del asociacionismo también ha decaído. En la primera etapa de la inmigración, los árabes fueron prolíficos en la creación de clubes, círculos y centros con programas sociales, deportivos, culturales y de beneficencia, comportamiento común en las agrupaciones de extranjeros en Chile. Con el paso del tiempo su número ha decrecido notoriamente, fusionándose unas y desapareciendo otras.

Por otro lado, son cada vez más frecuentes los matrimonios exogámicos. En un principio eran muy pocos los que se atrevían a desafiar a sus paisanos transgrediendo la norma tácita, pero rigurosa, de no casarse con una persona ajena a la colonia, pero posteriormente la situación fue cambiando de manera ostensible con el paso de los años²⁴.

A pesar de todo, se pueden reconocer todavía algunos elementos sobrevivientes de la tradición emigrante. Desde su llegada, los inmigrantes recordaban con especial emotividad su tierra natal y, por ello, bautizaron los negocios con nombres alusivos: "La flor de El Cairo", "Oriente", "La ville de Homs", entre muchos. Los títulos de los periódicos que publicaron, en principio fueron en árabe —*Al Murched, Al Watan, Al Munir, Aschabibat, Al Hadi*— y, luego, cuando se

²⁴ Según el Censo de población árabe de 1970, de un total de 2.542 matrimonios, en un 60% ambos cónyuges eran de origen árabe. Del conjunto de matrimonios mixtos, en un 76%, el hombre era de origen árabe y, en un 24%, lo era la mujer. El matrimonio de una persona de origen árabe con una no árabe constituye, sin lugar a dudas, un apropiado indicador de integración social. En el periodo comprendido entre 1910 y 1919, un 11,6 % de los matrimonios fue mixto; entre 1930-1939, lo fue en un 28,7%, y, en el periodo 1960-1969, lo fue en un 52,7 %.

impuso el español, usaron nombres evocadores como, por ejemplo, *Mundo Árabe* y *El Jeque*.

Conservaron también ciertos valores, especialmente aquellos que guardaban relación con la estructura familiar.

La férrea unidad de la familia árabe y el sentimiento de lealtad hacia los miembros de su misma comunidad de origen constituyen una importante pista explicativa del comportamiento espacial y socioeconómico seguido por los inmigrantes árabes en el proceso de integración en la sociedad chilena, analizado en las páginas que preceden. A su vez, se puso de manifiesto que su principal deseo, tras abandonar su tierra natal e instalarse en Chile, fue el de reconstituir la estructura familiar en el país de acogida.

En la cultura árabe, el espacio privilegiado de socialización lo conforman las relaciones familiares, que se convierten en una especie de “unidad política”, a la que se considera incluso responsable del comportamiento social de las personas pertenecientes al clan familiar.

La tendencia al agrupamiento incluye el tipo de familia compuesta, en la cual interactúan, con un alto grado de importancia, parientes cercanos y lejanos situados fuera del núcleo básico.

La comprensión de los rasgos de la cultura árabe relacionados con el ámbito de la familia abarca todos los aspectos del proceso migratorio analizados en estas páginas: el impulso migratorio masivo motivado por el deseo de los primeros inmigrantes de completar la unidad de la familia. La cadena migratoria descansa básicamente en el llamamiento a familiares, con el principal objetivo de apoyarlos a desarrollar sus actividades económicas. La forma de distribuirse en el territorio nacional y en ciertos barrios de la ciudad de Santiago también puede explicarse por el trabajo asociado de la familia compuesta

Es innegable el papel clave que ha desempeñado, en el proceso de integración social en la sociedad chilena, el apoyo de la estructura familiar, al dotar a las generaciones de descendientes de inmigrantes árabes, de oportunidades para alcanzar cada vez mejores niveles de educación, lo cual ha permitido asimismo mayores posibilidades de movilidad social y un sentimiento de pertenencia a este país, que un lejano día acogió en su seno a los primeros inmigrantes pioneros.

EL CASO DE CUBA

Hoy en día los descendientes de los inmigrantes árabes que llegaron a Chile se encuentran en una etapa de aculturación positiva, en la cual se puede contemplar el proceso migratorio desde la sabia perspectiva del tiempo transcurrido. En este sentido, se observa una marcada tendencia integracionista que se manifiesta abiertamente en todos los ámbitos de la vida nacional. No obstante, y al mismo tiempo, se puede apreciar en las nuevas generaciones un renovado interés por recuperar valores ancestrales de la cultura árabe, sin que, por ello, desaparezca el profundo sentimiento de pertenencia a Chile.